

«Un viaje inspirador.
¡Y he disfrutado mucho de él!»

ROGER TAYLOR, QUEEN

«Captura los inicios, la historia
y la diversión de las bandas inglesas.

¡Esto realmente sucedió!»

MIKE RUTHERFORD, GENESIS



MI VIDA CON
DIRE
STRAITS

JOHN ILLSLEY

PRÓLOGO DE
MARK KNOPFLER

LIBROS CÚPULA

MI VIDA CON
DIRE
STRAITS

JOHN ILLSLEY

PRÓLOGO DE
MARK KNOPFLER

TRADUCCIÓN DE
PILAR RECUERO

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente en 2021 por Bantam Press, un sello de Transworld Publishers (Penguin Random House), bajo el título *My Life in dire Straits*.

© John Illsley, 2021

© de la traducción: Pilar Recuero, 2022

Páginas 19, 22, 54, 103, 117, 128, 158, 173, 177, 194 y 330 por cortesía de John Illsley; páginas 98 y 101 © Colin Bodiam; páginas 110 y 115 © Andra Nelki; páginas 162 y 206 © Adrian Boot/Urban Image Music Photographic Archive; páginas 147 y 183 © Barry Schultz; página 218 © Getty; página 255 © Rob Verhorst/Redferns/Getty; página 285 © Duncan Raban/Popperfoto/Getty; página 307 © Clive Limpkin/Alamy Stock Photo; página 335 © Will Strange Photography.

Cuadernillo uno

Página 1, ambas por cortesía de John Illsley; página 2 © Glenda Bogdanovs; página 3 © Colin Bodiam; página 4 © Heritage Auctions, HA.com; página 5, ambas © Barry Schultz; página 6 © Deborah Feingold/Getty; página 7 © Deborah Feingold/Alamy Stock Photo; página 8 © Bob Mazzer.

Cuadernillo dos

Página 1, arriba © Michael Putland/Getty, abajo © Ebet Roberts/Getty; página 2, ambas © Ebet Roberts/Getty; página 3, arriba © Phil Dent/Getty, abajo Alamy Stock Photo; página 4 © Brian Rasic/Getty; página 5, arriba © Michael Putland/Getty, abajo © Brian Cooke/Getty; página 6 © Terry O'Neill/Getty; página 7, ambas por cortesía de John Illsley; página 8, arriba izquierda © Dee Illsley, arriba derecha © Bob Mazzer, abajo izquierda y derecha por cortesía de John Illsley.

El editor desea agradecer a las personas que han concedido su amable permiso para reproducir las imágenes. Aunque se han hecho todos los esfuerzos por rastrear a los propietarios del material con derechos de autor, los editores desean disculparse por cualquier omisión y estarán encantados de incorporar los reconocimientos que falten en próximas ediciones.

Primera edición: junio de 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2962-3

Depósito legal: B. 3.550-2022

Impresor: Gómez Aparicio

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

Prólogo, por Mark Knopfler	11
1. El quid de la cuestión	17
2. Fuga nocturna a Luxemburgo	31
3. Banjos, palizas y un bajo	41
4. Chicas y conciertos	55
5. Madera y pisos	67
6. El señor Knopfler, supongo	79
7. Punks en el jardín	89
8. Quinientas libras	105
9. Pánico en la ducha	113
10. De gira con los Heads	125
11. De la tristeza de Wolverhampton a la magia del Marquee	137
12. Sesiones al sol	153
13. En la ventisca	167
14. La noche del Roxy	179
15. En el Arena	189
16. Sombrío cuento de hadas de Nueva York	201
17. La gran rueda sigue girando	213

18. Energía eléctrica	231
19. Hermanos y almas	251
20. El síndrome de Jerusalén	269
21. La alianza Live Aid	283
22. Nuevos mundos	295
23. ¿Y ahora qué?	303
24. Allá vamos de nuevo	315
25. Cuando la música para	327
Agradecimientos	337
Índice onomástico	339

CAPÍTULO 1

EL QUID DE LA CUESTIÓN

Si en el mapa trazas una línea de norte a sur pasando por el centro de Inglaterra y luego otra a mitad de camino de este a oeste, el punto de intersección caería en una pequeña ciudad llamada Market Harborough, o, probablemente, muy cerca. Incluso podrías marcar un objetivo directo y ubicar Stonehenge, la mismísima casa en la que crecí. Estaba a medio camino de la avenida Shrewsbury, un pequeño remate de una carretera sin terminar en la cima de la colina que dominaba la ciudad hacia el norte y desde donde se divisaba la apacible y ondulada campiña delimitada por setos entre Leicestershire y Northamptonshire en las demás direcciones. Está situada en el punto más alejado del agua salada que te puedas encontrar en el Reino Unido, lo más lejos posible del mar abierto y del mundo exterior. Es el corazón de la Inglaterra central y, para lo bueno y para lo malo, este es el mundo que configuró la persona que soy; un pequeño universo que me aportó una gran comodidad y seguridad, pero que me hizo añorar las lejanas costas de lugares más exóticos.

Una mañana iba caminando con mi madre por High Street en Market Harborough. Las calles estaban repletas de gente que iba a la compra, que entraba y salía de la carnicería, la verdulería y la ferretería. Yo tenía unos nueve o diez años, así que debía de ser alrededor de 1959. Íbamos a recoger a mi padre en el Banco de

Westminster para llevarlo a casa a comer con nuestro coche, un Vauxhall Wyvern. Mi padre había ascendido hasta el puesto de gerente y, aunque podíamos vivir holgadamente, tampoco es que ganara una fortuna. Muy pocas familias tenían más de un automóvil por aquel entonces, por lo que mi madre tenía que hacer esto todos los días de la semana; también lo dejaba por la mañana y lo recogía al acabar la jornada. La única vez que se permitió un descanso en su papel de chófer fue por el desbordamiento del río Welland, cuando se produjeron las grandes inundaciones de 1958. Durante una semana más o menos mi padre remó por las sucias y crecidas aguas, luciendo de una forma un tanto incongruente su traje de tres piezas y una pipa colgada en la comisura de la boca.

El caso es que aquella mañana estábamos cruzando la calle cuando toda la escena se congeló como si hubiera sido alcanzada por una gigante pistola paralizante desde el cielo. Todo el mundo se detuvo, incluidos nosotros, y el tráfico, aunque era escaso, disminuyó bruscamente. Solo se movía un peatón: un joven de la India o de Pakistán. Me quedé perplejo. Nunca había visto una cara tan morena y, por lo que parece, los demás tampoco. Ni yendo sin pantalones o con un sombrero de copa podría haber provocado mayor fascinación. Pasados unos minutos, alguien apretó el botón de reproducción y la escena continuó; el mundo volvió a girar sobre su eje.

En ese momento fugaz de extraña emoción, la cortina se había corrido, con lo que pude vislumbrar por primera vez el mundo más allá de nuestra pequeña y adormecida ciudad comercial. No era tanto el hombre por sí mismo lo que me intrigaba, sino la reacción de los vecinos: los granjeros que salían de los sucios Land Rover con las botas embarradas y grandes gorras, las abuelas con gorros tejidos y las acomodadas amas de casa con sus faldas de tubo y sus chaquetas de paño haciendo juego, todo ello congelado en ese instante. No puedo decir con certeza si fue en ese preciso momento cuando dirigí mi rumbo hacia una vida más aventurera que la que ofrecía Market Harborough, pero seguro que fue entonces cuando mi imaginación comenzó a volar.



Mi madre y mi padre, Wilfred y Bubbles. Se casaron a finales de 1939, poco antes de que él se fuera a la guerra. Tengo mucho que agradecerles.

La insularidad era un estado de ánimo para los británicos en los años cincuenta; ver a un «forastero» era algo más raro que un perro verde. La mayor parte de la población de Market Harborough jamás había pisado Londres y mucho menos había viajado al extranjero. Solo los antiguos soldados como mi padre, que en ese momento tenían treinta y cuarenta años, habían «cruzado el mar». Un viaje a Leicester, treinta kilómetros carretera arriba, se consideraba una gran excursión; uno a Birmingham, a unos cien kilómetros, era, antaño, una auténtica aventura; y llegar hasta Londres, a ciento cincuenta kilómetros, era una epopeya que la gente explicaría en sus cenas durante semanas y, para algunos, supondría algo que contar a los nietos. Decir Londres equivalía a decir Tokio para los trabajadores agrícolas, los empleados bancarios y los comerciantes de Market Harborough.

Una noche, aproximadamente por esa misma época, mi madre, en una insólita ruptura con las tradiciones sensatas de su cocina, arriesgó su reputación de buen sentido común y le sirvió a mi padre un plato de curri. Yo era el recolector oficial de verduras del jardín, así como el pinche de la chef, y a juzgar por los olores de su hornillo podía asegurar que algo nuevo y emocionante flotaba en el aire esa noche. Mi madre, obviamente, estaba un poco nerviosa cuando le sirvió el humeante plato de comida especiada. Se produjo un breve silencio, luego mi padre tomó lentamente su tenedor, se inclinó un poco hacia atrás y lo pinchó, como si le hubieran servido un animal atropellado.

—¿Qué narices es esto? —preguntó educadamente estupefacto o incluso horrorizado.

Como en casi todo el resto de los hogares de Gran Bretaña en aquel tiempo, la mayoría de las cenas consistían en algo de carne sin condimentos, unas patatas y un tipo de verdura, tal vez dos, preferiblemente hervidas en exceso. (Mi madre era una buena cocinera, pero esa era la tendencia del momento.) Los viernes, el pescado y las patatas fritas caseras constituían la gran emoción de la semana. El asado del domingo también era todo un acontecimiento, pero tenía su precio: las sobras para el lunes. El curri era lo que la gente comía durante el Raj porque no podían conseguir

chuletas de cordero con patatas o salchichas hervidas y puré. El curri nunca se veía en un comedor británico y, fuera de las principales ciudades, no había ningún restaurante de curri en ninguna calle importante.

No sé si el curri de mamá constituía la prueba de que Gran Bretaña estaba al borde de una gran transformación cultural (como terminó ocurriendo) o era una señal de lo cerrados y conservadores que éramos por aquel entonces (lo éramos), pero yo era demasiado joven como para juzgarlo. El hecho de que yo recuerde estos dos insignificantes incidentes como acontecimientos importantes de mi infancia delata lo tranquila, asentada y pueblerina que era la vida familiar británica de finales de los años cincuenta. ¿Cómo podríamos haber sospechado que la cultura británica estaba a uno o dos años de experimentar una fuerte sacudida y dar un gran giro? Tal vez el exótico y atrevido curri de mamá fuera la señal, el presagio de lo que estaba por venir.

No recuerdo nuestra primera casa, un pequeño adosado en Leicester, porque yo tenía cuatro años cuando papá pidió prestado algo de dinero a su madre y algo a su banco, ambos a un tipo de interés asequible, y nos mudamos a Stonehenge. Entiendo que se llama así porque se construyó con dicha piedra cálida y dorada del condado de Northamptonshire. No era la casa más llamativa de la calle, pero era apañada y cómoda, con sus marcos de ventana de roble macizo e incluso un baño en la planta baja, algo que se consideraba bastante elegante por aquellos tiempos. No sabría decir por qué teníamos otro baño en el exterior.

El jardín tenía algo menos de cuatro mil metros cuadrados, lo suficientemente grande como para albergar un huerto de verduras con el que satisfacer nuestras necesidades durante la mayor parte del año. Incluso sobró espacio para que papá creara una cancha de tenis de hierba, una que solo tenía un mínimo parecido con la pista central de Wimbledon. Quitando la red, se distinguía poco del resto de la hierba de la parcela. Mi tarea era cortar el césped y hacer que rodase bien y, aunque me tomé muy en serio mi trabajo, la pelota nunca botaba adecuadamente y despistaba a los jugadores al rebotar hacia cualquier ángulo.



De la mano de mi hermano Will por primera y, probablemente, última vez, en 1951.

Mis dos hermanos mayores tenían su propia habitación: Richard, que era ocho años mayor que yo, y mi hermana Pat, cinco años mayor. Yo compartía el cuarto dormitorio con William, que era poco más de un año mayor que yo, lo suficientemente cerca de mi cumpleaños como para tener que ir a preguntarle a mi madre después de que un niño se burlara de mí en el patio de la escuela primaria diciendo que yo había sido un «error».

—¡Por supuesto que no eres un error, cariño! —exclamó—. Estábamos tan ansiosos de tenerte que no podíamos esperar más.

Como cuarto hijo que era, no se ocupaban demasiado de mí y, bajo la protección de William, me dejaban bastante libertad para hacer lo que me gustaba fuera de la escuela: andar en bici-

cleta kilómetros y kilómetros por los caminos rurales, construir balsas en el río Welland, pescar peces en el canal y, en invierno, montar en trineo todo el día por las cuestas y patinar en el estanque de abajo. Muchas biografías rememoran unas infancias terribles, pero me temo que no puedo echar mano de ese recurso. La mía fue una infancia feliz y no hay nada que pueda añadir al respecto.

Sin duda, mis padres eran estrictos. Nunca me hubiera atrevido a plantarles cara ni a replicarles. Pero siempre fueron justos. No éramos practicantes, excepto en Navidad, y comulgábamos en alguna ocasión, aunque nos inculcaron un claro sentido de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Cuando vivía en Deptford, siendo ya un poco más mayor, andaba muy justo de dinero y le escribí a mi padre para decirle que estaba pasando dificultades, que si podía ayudarme. Me envió veinte libras por correo con una carta en la que me explicaba que, debido a que me estaba dando el dinero, también enviaría el mismo importe a mis tres hermanos, a pesar de que todos tenían sus trabajos. Siempre tenías clara tu posición en Stonehenge.

Fueron padres cariñosos, aunque en la posguerra no se estilaba manifestar el amor con palabras y mucho menos en público. ¡Ni pensarlo! Todos se habrían sonrojado y avergonzado por su debilidad. Como la mayoría del resto de la gente en aquella época, no éramos una familia dada a los abrazos. Muchos años después, hacia el final de la vida de mi padre, pensé: «Al diablo con esto, le voy a dar un abrazo antes de que muera.» Respiré hondo, pero cuando me incliné hacia él, la cara de papá se arrugó del susto y retrocedió como si yo me hubiera abalanzado hacia él con un puñal de quince centímetros. Pero lo abracé de todos modos.

Con todo y con eso, a pesar de esa actitud reprimida no verbal y no táctil tan inglesa, todos sabíamos que nos queríamos. Lo único es que nunca nos atrevimos a decirlo o a mostrarlo, sin importar lo desesperados que estuviésemos por dar o recibir un cálido abrazo. Después de todo, uno no construye imperios con lloros y abrazos. Supongo que esa generación, con un fusil Lee-Enfield en la cabecera de la cama, diría: «¡Por supuesto que

amamos a nuestros hijos! Ellos lo saben. Es obvio, pero tampoco hay que dar la lata con eso, ¡por el amor de Dios!».

Ciertamente, mi padre puso su granito de arena por la reina, por el país y por el Imperio, aunque nunca había hablado de ello con nadie, excepto con sus viejos amigos del Royal Corps of Signals, una de las primeras unidades en entrar en combate para establecer comunicaciones en el campo de batalla. Como todo colegial, fascinado por las historias de guerra —una muy intensa que había finalizado tan solo cuatro años antes de que yo naciera—, estaba loco por conocer sus experiencias luchando en el norte de África, en Sicilia y en otras partes de Italia. ¿Conoció al general Monty en alguna ocasión? ¿Cómo de cerca estuvo de capturar al general Rommel? ¿Eran realmente los alemanes unos tramposos horribles? Sin embargo, rara vez entraba al tema. Simplemente se ponía la pipa entre los dientes, me despeinaba el pelo y decía algo como: «Acércate, vamos a terminar de construir tu kart».

Debió de ser insólito para aquellos soldados, ausentes durante tantos años, que libraron esas horribles batallas y sufrieron, solo el cielo sabe hasta qué grado, lo que ahora llamaríamos trastorno por estrés postraumático. El término ni siquiera existía entonces. Todavía lo llamaban «neurosis de guerra», pero para que te lo diagnosticaran tenías que estar prácticamente desnudo a cuatro patas bebiendo de los charcos a punto de que los hombres con batas blancas te llevaran. Mi padre habría presenciado peleas espantosas, dado las campañas en las que participó, pero nunca contó nada de esos horrores. A menudo me pregunto lo que pudo haber sufrido.

Lo enviaron al norte de África al comienzo del conflicto y volvió con un permiso de un par de semanas, para luego no regresar hasta cuatro años más tarde. Cuando finalmente volvió a casa, vio a su hijo, mi hermano Richard, por primera vez, ¡un hijo que ya caminaba y hablaba y que estaba a punto de ir a la guardería! Iba a decir que no puedo imaginarme algo así, pero sí puedo. Yo acabé haciendo media docena de giras por todo el mundo, cada una de las cuales duraba cerca de un año, aproxima-

damente la duración total de la Segunda Guerra Mundial. No había armas (excepto en Italia), no había muertes, pero la ausencia de casa no podía ser menos punzante que la de mi padre. Yo nunca había tenido en cuenta la angustia de mi padre, nunca me lo había imaginado sentado en algún tedioso campamento en la retaguardia esperando órdenes para entrar en acción. Solo cuando me vi en la carretera, dejando a mi esposa y a mis hijos en casa, llegué a pensarlo un poco. Uno está tocando música frente a un gran público, no disparando a alemanes e italianos, pero sigue siendo una experiencia extraña y trastornadora estar en la carretera, alejado de esa seguridad y ese recogimiento. De eso, no obstante, hablaré más adelante.

Lo cierto es que mi padre nunca desconectó realmente de la larga sombra de la guerra tras seis largos años de combate en tierras lejanas. En cuanto lo desmovilizaron se apuntó a la Reserva y todos los veranos organizaba una reunión con sus colegas en nuestro jardín trasero: media docena de hombres, vestidos con sus uniformes y sus boinas, se montaban en sus *jeeps*, instalaban sus tiendas de campaña y descargaban todo su material de guerra. Lo que no había eran armas ni piezas de artillería, lo cual era un poco decepcionante, pero por lo demás era una recreación perfecta de un campamento completo con sus latas y bidones, sus cajas de munición y sus estufas de cocina portátiles. Para mí suponía el plato fuerte de las vacaciones. William y yo dormíamos en una de las tiendas de campaña, con el reconfortante hedor a lona húmeda y mohosa llenando nuestras fosas nasales.

Posiblemente, la Segunda Guerra Mundial fue uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia. Se cobró la vida de millones de personas, aceleró el fin del Imperio británico y remodeló el orden mundial, pero, por otra parte, en cuanto terminaron las hostilidades, para la mayoría de los combatientes la vida ordinaria volvió a su ser sin mediar apenas un periodo de reflexión. Mi padre ya estaba reincorporado a su trabajo en el banco a las dos semanas de regresar, luciendo de nuevo su traje de tres piezas tras seis años vistiendo ininterrumpidamente el uniforme caqui.

Mi padre era un buen hombre, era difícil no admirarlo. Incluso ahora, que ya entro en los setenta años, cuando me enfrento a una dificultad todavía me pregunto a mí mismo: «¿Qué habría hecho papá?». El carácter de mi madre era una imagen especular de él: completamente honesta, impertérrita, amable, cariñosa, respetuosa. Al igual que él, ella nació y se crio en Leicestershire, y era hija de un maestro de escuela. La suya fue una vida de duro trabajo doméstico criando a cuatro hijos: todas las tareas de la casa recaían sobre ella. Se ocupaba de todo y disfrutaba con ello, al menos así lo veía yo, aunque también veía que se trataba de un trabajo realmente duro. Hacía la compra y preparaba todas las comidas, horneaba pan cada pocos días, llevaba y traía del banco a mi padre en coche cuatro veces al día, limpiaba sin parar la casa de arriba abajo, lavaba y tendía toda nuestra ropa (hasta que al final llegó nuestra primera lavadora, a finales de los años cincuenta) y, conmigo como ayudante a tiempo parcial, también asumía todas las tareas del jardín. Ni fumaba ni bebía (a diferencia de su madre, gran fumadora de cigarrillos y amante de la ginebra) y su única vía de escape de la rutina de las tareas domésticas era una ronda ocasional de golf en el club de la colina. Debía de tomárselo muy en serio, ya que, al igual que papá, fue capitana allí durante unos años.

La única vez que mi madre se tomó un descanso de la tarea de cocinar fue aquella ocasión en que viajamos hasta Ashby-de-la-Zouch para llevar a la abuela a comer al hotel Crown. Aquello fue tan emocionante como suena: lamentablemente formal y con un ambiente totalmente rígido, tan divertido como ir a la iglesia. Además, estaban emocionados porque me iban a hacer probar algo llamado salmón ahumado, cosa que me ponía enfermo: ¡pescado naranja crudo! Además, nunca comíamos fuera, en parte porque, quitando los grandes hoteles, había muy pocos restaurantes para salir a comer, y en parte porque se habría considerado un abominable derroche de dinero. ¿Por qué perder un billete de diez libras si mamá puede cocinarlo igual de bien en casa?

La «cultura» no estaba muy presente en nuestras vidas. Mis padres no eran grandes lectores ni amantes de la música y tampoco

recuerdo ninguna conversación de sobremesa acerca del arte. Supongo que esto también era bastante típico de la época. Mis padres pertenecían a una generación práctica que se las ingeniaba para llevar a cabo el proyecto principal de formar un hogar ordenado en el que los niños pudieran crecer seguros y felices, y eso hicieron. Por eso supuso una enorme sorpresa descubrir, después de la muerte de ambos, que mi madre se había apuntado a una sociedad coral —yo era consciente de que tenía una hermosa voz para el canto— y que mi padre se había dedicado a la pintura; todo esto después de que nosotros hubiéramos abandonado el nido. Justo lo que haría yo también más adelante. Ordenando sus pertenencias encontramos un buen número de dibujos de papá, que eran realmente impresionantes para alguien que carecía de una formación profesional. No puedo dejar de preguntarme qué habrían hecho con su vida, especialmente mi madre, si no hubieran sido tan fanáticamente cumplidores con la crianza de la familia, dedicándole todo su esfuerzo, dinero y tiempo y reservándose tan poca cosa para alimentar sus propios talentos e intereses. En su existencia no había nada glamuroso, pero había algo de heroico en su sacrificio e inamovible sentido del deber hacia nosotros.

Supongo que la vida en Market Harborough no era muy diferente de lo que había sido antes de la Primera Guerra Mundial. En 1954 el Reino Unido se convirtió en el último país en poner fin al racionamiento, y en pocos años la economía estaba recuperándose. El auge del consumismo alcanzó su mayor reflejo en la tecnología y los artilugios, despertó el interés por todas las cosas nuevas y, al menos en los jóvenes como yo, creó un anhelo de modernidad, de algo distinto. En 1950, un año después de mi nacimiento, la mitad de las casas británicas carecían de baño y millones de personas compartían con sus vecinos un baño exterior. Las casas de las áreas rurales alejadas no tenían electricidad, la comida se conservaba fresca en la despensa, la ropa se lavaba a mano, la mayoría de la gente se bañaba una vez a la semana en un cubo de estaño y prácticamente nadie tenía coche. Para finales de la década llegaron a los hogares los televisores, las lavadoras, los refrigeradores y los gramófonos, y la mayoría de las familias de las

afueras tenían en la puerta de casa un automóvil, que se pulía y brillantaba con orgullo todos los fines de semana.

El primer recuerdo que tengo, poco tiempo antes de que se produjera este auge, es el de ver la coronación de la reina en un televisor comprado, como hicieron muchos otros, especialmente para la ocasión. Aunque sea un tópico decirlo así, aquel fue un momento increíblemente emocionante para un niño de cuatro años. Me senté con las piernas cruzadas en el suelo con pantalones cortos, petrificado. La sala estaba llena de vecinos y amigos y la pequeña pantalla cuadrada situada en el rincón parpadeaba y emitía en diferentes tonos de gris mientras Su Majestad avanzaba por el pasillo de la abadía de Westminster.

Visto ahora parece ridículo; esa ansia de una modernidad que ahora parece tan pintoresca. Mamá hacía un pan realmente delicioso, pero lo que yo de verdad quería eran las rebanadas procesadas de aquello de lo que todos los niños se jactaban en la escuela primaria, en el corazón de Little Bowden, al pie de la colina. Cuando al final llegué a probar una, nada menos que con alubias estofadas en salsa de tomate, volví de casa de mi compañero Mike, al otro lado de la calle, con el sentimiento de haberlo conseguido, como si realmente hubiera entrado en el mundo moderno. Lo mismo le pasó a mi madre cuando abrió la cadena Co-op, la primera tienda de autoservicio en Market Harborough. Hasta ese momento mi madre iba de una tienda especializada a otra, con su lista, y era el comerciante quien se apresuraba a rebuscar por los estantes eligiendo los artículos que deseaba. Co-op supuso, como mínimo, una revolución. Tal vez Market Harborough no era tan anticuado, al fin y al cabo; así lo sentía la ciudad. ¿Quién necesitaba Londres cuando tenías un Co-op?

Con todo esto puedes hacerte una idea de mi infancia. Inglaterra media, clase media, segura, feliz y cómoda, pero un poco gris, carente de aventuras y de imaginación. Mi único contacto con la cultura fue un viaje ocasional para ver un espectáculo de comedia musical navideña y, lo más emocionante de todo, dos viajes a Londres con mi padre para visitar el Salón Internacional del Automóvil en el distrito de Earls Court y una vez para ver *My Fair Lady*.

El gran momento culminante del año eran las vacaciones anuales en Cornualles. En coche, con el peso de seis pasajeros y nuestro equipaje, nuestro Wyvern tardaba doce horas en recorrer los 450 kilómetros hasta llegar a nuestra casita de campo alquilada con vistas a la bahía de Trevone. (Hoy ese mismo viaje te lleva cinco horas.) El coche era tan pesado que cuando pasábamos por la ciudad de Frome, en el condado de Somerset, tres de nosotros teníamos que salir y caminar para que el Wyvern pudiera subir la empinada colina.

Mi madre y mi padre esperaban que yo hiciera como ellos y me quedara en el apacible y tranquilo condado de Leicestershire. ¿Por qué no iban a pensarlo? ¿Qué clase de vida mejor podría haber? ¿Por qué dejar Market Harborough cuando te ofrecía todo lo que un joven podría desear? Pubs, tiendas (¡incluido un supermercado Co-op!), un cine, una hermosa campiña, paseos, pesca, un club de golf, un club de rugby y, si es necesario, una estación de tren para moverte hasta Leicester. Además, había decenas de hijas de granjeros guapas y simpáticas con las que sentar la cabeza. ¿Qué narices tendría Londres para competir con una vida así de feliz? Con toda esa miseria y la contaminación, las chicas fáciles y los embaucadores.

Entonces William se construyó una radio de galena a partir de un kit, con lo que toda esperanza de que yo llevara una vida relajada en la zona rural de Leicestershire se desvaneció de la noche a la mañana.